



Un marco legal ha legitimado el expolio de territorios y la violación de derechos autóctonos

Dar la espalda a la «Doctrina del Descubrimiento»

comunicado de prensa, Iglesia First Mennonite de San Francisco, California

San Francisco, 29 de septiembre, 2014 — Líderes de iglesias de todo lo ancho de EEUU y Canadá, se han reunido los días 21-22 de agosto, para conversar sobre estrategias para involucrar a la Iglesia Menonita en el esfuerzo por desmantelar la «Doctrina del Descubrimiento».

La Iglesia First Mennonite, de San Francisco, hizo de anfitriona para el encuentro.

La Doctrina del Descubrimiento es un marco legal que restringe los derechos individuales y colectivos de las gentes autóctonas, así como su acceso a la tierra, el agua y demás recursos. Por siglos, ha hecho de fundamento legal para permitir la invasión y la expropiación de tierra, agua y demás recursos de los pueblos autóctonos. Esta doctrina tiene su origen, confirmación y puesta en práctica, en la iglesia cristiana. Está construida sobre la teología cristiana y sigue activa en la iglesia cristiana hasta hoy.

La exploración petrolífera y otras formas de extracción de recursos siguen dando impulso a la economía de Norteamérica; y las gentes autóctonas siguen cargando con lo peor del impacto devastador sobre el medio ambiente, con sus efectos nocivos para la salud.

—Por siglos, la Gran Comisión, acoplada a la idea de que los asentadores cristianos son el Pueblo Escogido de Dios, ha justificado la expropiación y explotación de tierras de los pobladores autóctonos y la

marginación de las gentes autóctonas —afirmó Sarah Augustine, una de las organizadoras del evento y cofundadora del fondo Suriname Indigenous Health Fund—. Somos muchos los que, individual y colectivamente, nos hemos beneficiado de una historia de asentamientos. Conforme procuremos ser fieles con el Creador siguiendo el ejemplo de Jesús, cobra sentido que nos unamos a las gentes autóctonas para desmantelar ahora esas leyes y políticas de destrucción que se basan en la teología cristiana.

Impacto ecológico

Augustine está en relación con el pueblo wayana de Surinam, en Sudamérica. Los tratados y las políticas internacionales hacen posible que multinacionales mineras norteamericanas abran minas en la selva, donde los wayana llevan viviendo desde hace miles de años.

Los efectos de la extracción de minerales incluyen el envenenamiento de los alimentos y el agua de los wayana con mercurio, cianuro y otros agentes contaminantes; y la expropiación de tierras, la militarización y el desplazamiento a la fuerza del pueblo wayana a suburbios marginados.

El «Descubrimiento» de Colón

En muchos lugares la figura de Cristóbal Colón es hoy muy cuestionada. En España, sin embargo, sigue siendo considerado, especialmente por la derecha nacionalista, todo un héroe cuya hazaña contribuyó a la grandeza de España. El caso es que en él se unieron una ferviente religiosidad católica y un desparpajo sobrecogedor para declarar que las tierras donde desembarcó eran propiedad de la corona española.

Podía actuar así porque a él y a todos los europeos, les resultaba obvia la superioridad humana de los europeos por cuanto eran cristianos. El «paganismo» y consecuente «primitivismo» de los pueblos autóctonos eran razón suficiente para marginarlos, esclavizarlos, expropiar sus tierras y expoliar sus recursos naturales.

Actitudes que siguen firmemente en pie hoy, aunque la complicidad de la iglesia cristiana ya no es tan necesaria para esos fines de expolio. —D.B.

También en este número:

Llamado urgente	2
Rituales: Bautismo	3
Recibir a los necesitados	5
Diccionario: diablo, Satanás	8



En la reserva Yakama, en el centro del estado de Washington, donde vive Augustine con su esposo e hijo pequeño, las explotaciones concentradas de engorde de ganado vacuno producen cantidades ingentes de basura animal que contamina el agua del subsuelo de la que dependen las familias de la región. Como las normativas medioambientales se están fortaleciendo en otras partes del estado, estas productoras industrializadas se retiran a otras regiones del estado más permisivas en cuanto a la eliminación de residuos, argumentando que la poca densidad de población justifica esta práctica.

Otras muchas reservas de «indios» en EEUU padecen también en diferentes formas esta plaga de la contaminación del medioambiente por culpa de la minería, la tala de bosques, la agricultura y otras industrias de extracción.

Los veinte líderes reunidos acordaron centrar sus esfuerzos en educar a la Iglesia Menonita USA sobre la «Doctrina del Descubrimiento», como un primer paso. La Iglesia Metodista Unida, la Iglesia Episcopal de Estados Unidos y varias otras denominaciones ya han adoptado sendas declaraciones en repudio de dicha doctrina.

Además, Augustine ha trabajado con el Concilio Mundial de Iglesias para que no sólo se repudie esta doctrina sino que se establezca un compromiso institucional para tratar las muchas formas que ha impactado, que incluyen abusos de derechos humanos, la degradación medioambiental de tierras de las gentes autóctonas, y la desigualdad en el seno de las estructuras eclesiales.

Entre las organizaciones menonitas que se han aliado para este esfuerzo, figuran el Comité Central Menonita, las Convenciones Central States, Pacific Southwest, y Pacific Northwest de la Iglesia Menonita USA, Mennonite Creation Care Network, Equipos Cristianos de Acción por la Paz, y Bartimaeus Cooperative Ministries.

[Traducido y reproducido con permiso, © 2014 *Mennonite World Review*.]

Llamado urgente de las iglesias del Medio Oriente

Burgos, octubre 2014 — Este mes pasado nos ha llegado un llamamiento de las iglesias del Medio Oriente, sobre la situación desesperante que viven los cristianos en esa región.

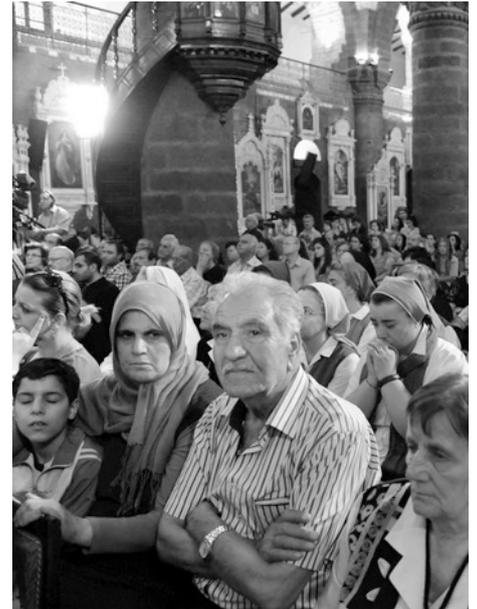
Sendas peticiones de apoyo solidario, por parte del Consejo Supremo de la Comunidad Evangélica en Siria y el Líbano (CSCE) y por parte del Concilio de Iglesias del Medio Oriente (CIMM), nos fueron reenviadas a las diferentes convenciones nacionales que conformamos el Congreso Mundial Menonita (CMM). Estas peticiones describen las dificultades extremas en que se hallan las comunidades cristianas a lo ancho de la región.

Ven cada día más difícil «preservar lo que queda de la presencia cristiana (y no cristiana) moderada en el Este», más difícil «eludir su completa desaparición». Barruntan la posibilidad de la «aniquilación de la presencia cristiana en el Medio Oriente».

Es una situación hondamente trágica que nos toca de cerca a todos los cristianos del mundo. Hay que recordar que el libro de los Hechos de los Apóstoles está dedicado, en gran medida, a documentar el nacimiento y auge de estas iglesias cuya supervivencia hoy peligra. Esa región del mundo nos es amada a todos los cristianos, porque en ella se desenvuelve gran parte de la trama de la Biblia. Conservan, algunas de estas iglesias, tradiciones litúrgicas antiquísimas del cristianismo primitivo, que hemos olvidado desde hace muchos siglos los cristianos de otras latitudes. Tradiciones que es posible que ahora desaparezcan para siempre.

El nacimiento del Islam en aquella región hace más de mil años, aunque trajo consigo algo de persecución y una merma sensible en sus números, fue menos dramático para las comunidades cristianas que los conflictos y radicalismo presentes.

Por consiguiente, tras consultarlo con los pastores y líderes de AMyHCE, este Secretario de la agrupación he enviado, a nombre colectivo de todos nosotros, sendas cartas a CSCE y CIMM. Hemos



Cristianos sirios

expresado nuestra solidaridad cristiana, para añadir: «Lamentablemente no nos hallamos en condiciones de ofrecer ningún tipo de apoyo material. Pero sí expresamos aquí un compromiso a estar atentos a cualesquier iniciativas nazcan de nuestros gobernantes, buscando maneras de influir para que éstos se involucren en formas que promuevan la paz en lugar de alargar y polarizar los conflictos».

Ahora bien, si vamos a protestar la persecución de cristianos impulsada por el radicalismo islámico y el radicalismo sionista en el Medio Oriente, habría que predicar con el ejemplo. Nuestras democracias occidentales tienen que dar muestras evidentes de abandonar su antisemitismo histórico y su trato discriminatorio presente contra las comunidades de inmigrantes islámicos. Resulta que la otra cara de la moneda de este problema, la tenemos en casa.

Las tensiones y odios del Oriente Medio son de una complejidad enorme, pero debería ser posible hallar un Norte que guíe en todo ello nuestras actitudes. No puede ser otro que la máxima de Jesús, de tratar al prójimo como uno mismo desearía que lo traten. Sé que hay algo parecido en el pensamiento rabínico y me permito especular que también lo habrá en el pensamiento islámico. No sería un mal comienzo. —Dionisio Byler, secretario, AMyHCE

Rituales cristianos de transición

4. Bautismo

por Dionisio Byler

Aunque hoy día crece la proporción de los que escogen un camino diferente, la inmensa mayoría de las personas siguen casi automáticamente la religión de sus padres. Desde siempre, la religión ha sido fundamentalmente cosa de geografía: el español era católico, el danés protestante, el ruso ortodoxo, el árabe musulmán, el indio hindú...

En relación con el bautismo cristiano, la realidad de este trasvase más o menos automático de la religión a la generación siguiente, se expresó de dos maneras diferentes: Las iglesias mayoritarias han bautizado a los bebés, incorporándolos desde el nacimiento a la religión de sus padres. Pero también ha habido «sectas» pequeñas que adoptaron el bautismo de adultos.

Hasta mediados del siglo pasado, en la tradición anabautista (menonitas, ámish, Hermanos en Cristo y similares) nadie dudaba que los hijos darían continuidad a la fe de sus padres. No obstante, bautizarse era un paso que se emprendía más o menos cuando uno se casaba. Con el bautismo, entonces, el joven se integraba al mundo adulto: asumía la condición de «miembro» de la iglesia, con todos sus privilegios y responsabilidades en la toma de decisiones de la comunidad, así como para el mantenimiento económico de sus ministerios y actividades. Dejaba atrás las frivolidades e irresponsabilidades de la juventud. Asumía una nueva identidad adulta y responsable en relación con la iglesia.

En esta tradición, el bautismo no es tanto que sellaba una nueva relación con Dios —que se suponía que ya venía tomando forma, creciendo y madurando a lo largo de la niñez y juventud en familia cristiana— sino que con el bautismo la persona «se adhería a la iglesia».

«Conversión» de hijos de familias cristianas

Sin embargo a lo largo del último siglo y medio se fue imponiendo cada

vez más la idea de la necesidad de experimentar una crisis religiosa, una experiencia dramática como la de Pablo en el camino a Damasco, un momento cargado de sentimientos fuertes y sobrenaturales, que por toda la vida el individuo iba a poder identificar como «mi conversión». Experimentada así la conversión, el bautismo debía ser más o menos inmediato, como lo había sido en tiempos del Nuevo Testamento. Ya no era necesario ser «adulto»; lo importante era haber experimentado una «conversión». Con el bautismo lo importante ya no era asumir su lugar en el cuerpo como miembro de la iglesia, sino el sentimiento religioso individual y personal.

Existe un problema, sin embargo, para los hijos de familias cristianas sinceras y fieles. Las conversiones dramáticas son más o menos naturales cuando uno se ve confrontado por el evangelio por primera vez, tras haber sido educado en otra religión (o sin ella). Pero son relativamente raras esas conversiones dramáticas cuando uno ha ido creciendo y madurando en el entorno de una familia practicante y una iglesia viva y dinámica.

Para estos casos, una de las técnicas más habituales para provocar experiencias dramáticas de «conversión» en los hijos criados en la iglesia, ha sido inculcar al joven un sentimiento de culpabilidad insoportable, la certeza de estar condenado por la ira de Dios mientras no se «convierta». Al final, culpabilizado por la



Tradicionalmente, el bautismo menonita era por un cazo de agua sobre la cabeza, con imposición de manos para la recepción del Espíritu Santo. Hoy día, sin embargo, es muy frecuente el bautismo por inmersión.

fuerza de sus impulsos sexuales juveniles, asqueado por experiencias de pecado intensas pero que dejan insatisfecho, aterrado por la perspectiva del juicio eterno, el joven se aferra a Dios como un clavo ardiendo, hasta por fin sentir algo de sosiego y calma por motivo del amor y perdón divino. Esta «conversión» se declara equivalente a la de quien adopta el cristianismo desde otra religión y por consiguiente, el joven está ahora en condiciones de bautizarse.

Este tipo de experiencia es más fácil de inducir en chicos más jóvenes, que en otros mayores. Es así como surgen en el entorno de iglesias evangélicas chicos de hasta cinco o seis años que se declaran convertidos,

porque han experimentado ya la montaña rusa del terror a la condenación por sus pecados, seguido del gozo de saberse perdonados y amados por Dios.

La influencia de esta forma de entender la conversión, a la par con la idea —desde luego bíblica— de que el bautismo fue la señal con que se sellaba la adhesión al movimiento de Jesús, ha ido derivando en muchas iglesias, en bautismo más y más precoces. Aunque tal vez son escasas las iglesias que bautizan a niños de seis y siete años, hay muchas donde los bautismos de niños de diez o doce años no son raros.

Esos niños pueden ser sinceros, desde luego. Quien escribe estas líneas me bauticé a los once años y lo recuerdo como un hito importante en mi vida. Mi padre, que era el pastor de mi iglesia, no quiso bautizarme tan joven pero al final se dejó persuadir por mis lágrimas. La emoción que me embargó cuando mi bautismo fue tan fuerte, que volví a llorar. Sin embargo he de reconocer que todavía quedaban muy en el futuro las más grandes pruebas, dudas, tentaciones y luchas que habrían de forjar mi identidad como cristiano y mi respuesta afirmativa al llamamiento a seguir a Jesús como discípulo suyo.

Como yo, muchos que se bautizan de niños seguirán como cristianos practicantes de adultos. A fin de cuentas, es más o menos natural seguir la religión aprendida de nuestros padres. Otros muchos, sin embargo, abandonarán el cristianismo o lo seguirán, sí, pero de una manera muy superficial y poco comprometida. No pocos llegarán a la conclusión de que la fe cristiana es una opción más o menos infantil: el resultado de esa credulidad que es propia de la niñez. O al recordar su «conversión» y bautismo de niños, se sentirán más o menos indignados por la manipulación a la que fueron sometidos cuando eran inocentes e incapaces de darse cuenta de cómo los manejaban.

Como la fe cristiana se les planteó como una cuestión puramente individualista —la salvación personal de los fuegos del infierno—, les costará asumir un compromiso vivo y dinámico

La adhesión a la iglesia, entonces, no es algo secundario, una consecuencia más o menos interesante de mi decisión personal a salvarme del infierno. Adherirme a la iglesia es lo que me hace participar de la misión de la iglesia en el mundo, que no es nada menos que la misión *de Cristo* en el mundo.

co con la iglesia. Después de todo, concebida así la salvación y la fe, la iglesia solamente es útil en la medida que ayude al individuo a conservar su fe y su salvación.

En la tradición anabautista, sin embargo, la iglesia es el cuerpo de Cristo, la presencia viva y activa de Cristo en el mundo. Los miembros de la iglesia somos las manos y pies de Cristo presente entre nuestros contemporáneos hoy. La iglesia no está para fortalecerme a mí mi fe, sino para que como parte de este cuerpo, yo pueda ejercer en el mundo como miembro *de Cristo*. La adhesión a la iglesia, entonces, no es algo secundario, una consecuencia más o menos interesante de mi decisión personal a salvarme del infierno. Adherirme a la iglesia es una de las decisiones más importantes de mi vida, por cuanto es lo que me hace participar de su misión —de la iglesia— en el mundo, que no es nada menos que la misión *de Cristo* en el mundo.

En conclusión:

Los hijos de familias cristianas no están en principio «perdidos», lejos de la salvación de Dios. Al contrario, desde pequeños participan con naturalidad en la vida (cristiana) de su familia y en la riqueza y diversidad de las actividades de su iglesia. A lo largo de su vida experimentarán la gracia, el amor y la misericordia de Dios. Y experimentarán en repetidas ocasiones el distanciamiento de Dios

que viene de desobedecer, el perdón que viene de arrepentirse. Acumulando multitud de experiencias de relación con Dios a lo largo de la niñez y juventud, irán consolidando poco a poco su identidad como parte de un pueblo escogido: el pueblo de Dios, al que pertenece su familia.

Con el paso de los años según va avanzando la vida, querrán asumir un compromiso responsable con la iglesia. Un compromiso propio de adultos, aunque en muchos casos ellos sean relativamente jóvenes. Un compromiso que lo es a la vez con la misión de la iglesia en el mundo como cuerpo de Cristo. Será ese el momento de solicitar el bautismo, como señal de su determinación a ser discípulos de Jesús y como adhesión a la iglesia de Cristo para amarla, sostenerla con sus diezmos, y edificarla con los dones del Espíritu que Dios ha puesto en ellos.

La presente serie de artículos va de **rituales de transición** a lo largo de la vida cristiana. Aquí hemos tratado sobre el bautismo de jóvenes que han crecido en una familia cristiana, en el seno de una iglesia fiel. Quien adopta el cristianismo llegando a él por otros caminos, seguramente también vivirá el bautismo de otra manera, más propiamente descrita como *conversión*.

Recibir a los débiles y necesitados

por A. Grace Wenger, Dave & Neta Jackson



Quemos recibir a todos los que llegan a nuestra puerta en la comunidad de Cristo. Pero, ¿qué es lo que supone recibir de verdad a «todos» en la asamblea de los creyentes?

Sara Phillips tenía 27 años y se estaba muriendo. Padecía de ELA (esclerosis lateral amiotrófica), una enfermedad degenerativa de los nervios que no tardaría en matarla. El instituto de rehabilitación había hecho todo lo que podía para ayudarla a afrontar lo que le estaba sucediendo tan rápidamente en el cuerpo. Pero Sara no quería pasar sus últimas semanas de vida en una institución. Quería volver a su apartamento unas dos semanas mientras su madre se preparaba para recibirla, para después pasar sus últimos días con su madre, que vivía en otro estado. La proveyeron de una enfermera que la acompañase de día, pero a Sara la aterraba dormir. Su padre había muerto de ELA mientras dormía, algunos meses antes.

Sara no era cristiana. Pero Jerry Bogatz le había hablado de la Iglesia Reba Place de Evanston, Illinois — antes de que se manifestara su dolencia. Jerry, un miembro de Reba, se mantuvo en contacto con Sara cuando

su enfermedad se diagnosticó y empezó a progresar. Cuando el matrimonio Bogatz la trajo a la iglesia, fueron muchos los que se acercaron para darle la bienvenida. Una fue Martha Cooper, una parapléjica que conoce bien la agonía de vivir en un cuerpo que no funciona correctamente. Cuando Sara salió del instituto de rehabilitación, preguntó al matrimonio Bogatz si no sería posible que algunas mujeres de la iglesia la pudieran acompañar durante las noches.

¿Qué hacer con la petición de Sara? La iglesia podría haberle pagado una habitación en un hogar para discapacitados. Podría haberle animado a irse con su madre antes de lo previsto. Esas dos opciones podrían haber cumplido con el deber cristiano. Además, habrían evitado alterar los ritmos de vida de nadie. Pero ella

La cuestión legítima planteada tenía una sola dimensión: Sara había pedido la ayuda de la iglesia. ¿Se la darían los miembros?

había pedido a la iglesia unos cuidadores personales.

¿Recibiría Sara al Señor si la iglesia la cuidaba? ¡Imposible saberlo! No era justo responder motivados por esa idea. La cuestión legítima planteada tenía una sola dimensión: Sara había pedido la ayuda de la iglesia. ¿Se la darían los miembros?

Después de considerar las consecuencias con detenimiento, unas 16 mujeres se ofrecieron para pasar noches con Sara, de dos en dos. En algunos de los casos, las voluntarias tuvieron que buscar alguien que pasara la noche con sus hijos. Hicieron ajustes en sus actividades, dejaron de lado otras obligaciones con la iglesia, se dispusieron a vivir con cansancio y sueño el día después de su turno. Aparte de ellas, otras 17 personas se comprometieron a apoyar con oración por Sara y sus cuidadoras. Poco a poco fue tomando forma un plan y surgió la disposición a brindar esa ayuda.

Las voluntarias normalmente permanecían despiertas mientras dormía Sara. Calmaban su sensación de pánico cuando se despertaba, le comunicaban el amor de Dios, la ayudaron a hablar acerca de su muerte inminente. Le dieron todos los cuidados físicos, desde darle de comer hasta moverle un pie a una posición más cómoda. A esas alturas todavía podía hablar y mover la cabeza. Pero siempre existía la posibilidad de que los pulmones de Sara dejaran de recibir señales del cerebro para seguir respirando.

El ministerio a los necesitados, en resumidas cuentas

La labor de ministrar a Sara parecía inmensa, pero también prometía ser breve. La mayoría de nosotros nos podemos movilizar para actos de compasión de corta duración. Padece-mos más ambivalencia cuando parece que nos vamos a cargar con un servicio permanente con personas débiles o trastornadas. ¿Acaso seremos capaces de construir una congregación de

fieles fuertes y maduros, si todo nuestro tiempo va a acabar acaparado por personas necesitadas?

No faltan exhortaciones en la Escritura, a recibir y servir a los pobres, los débiles, los necesitados. Jesús «vino a buscar y salvar a lo que se había perdido» (Lu 19,10), «a predicar la buena noticia a los pobres» (Lu 4,18ss.); y nuestra propia salvación viene vinculada a cómo servimos a los más pequeños entre los hermanos de Jesús (Mt 25,34-36). Pero normalmente esperamos que esas personas necesitadas se transformen rápidamente en fuertes y maduras. ¿Qué pasa si esto no sucede? ¿Qué debemos hacer cuando es previsible que los necesitados sigan necesitados durante mucho tiempo? ¿En ese caso, cómo conseguiremos una congregación «equilibrada»?

Como es el caso en un número creciente de iglesias hoy día, Reba Place está dividida en grupos pequeños de unas doce personas cada uno. Cada grupo tiene un líder reconocido y también varias personas maduras de apoyo, que contribuyen a su estabilidad. Entonces, a ese tipo de círculo, es posible invitar a cristianos nuevos, a

Las categorías no son siempre tan claras. Los más fuertes, los de mayores éxitos en el grupo son a veces personas hondamente necesitadas. Y esos que tendemos a ver como fundamentalmente necesitados, han aportado dones que en determinadas circunstancias eran los más esenciales.

«hermanos y hermanas más débiles», a personas necesitadas y hasta trastornadas.

Ha sido un buen modelo, aunque esas categorías no siempre han resultado ser del todo útiles. Las categorías no son siempre tan claras. Los más fuertes, los de mayores éxitos en el grupo son a veces personas hondamente necesitadas. Y esos que tendemos a ver como fundamentalmente necesitados, han aportado dones que en determinadas circunstancias eran los más esenciales.

Martha, por ejemplo, fue una de las organizadoras más esenciales para el ministerio que se brindó a Sara, si bien Marta misma está limitada a una silla de ruedas. Su discapacidad ha desarrollado en ella una fuerza interior y una compasión que otros muchos carecen. Michele, una enfermera, fue otra de las organizadoras. Pero es una madre soltera que en su día había tenido que recibir mucho apoyo de otros en la iglesia.

En tiempos más recientes la iglesia se ha estado fijando mucho menos en quién es o no «necesitado», para dedicar mayor atención a la cuestión de dones espirituales. La analogía bíblica de la iglesia como un cuerpo, indica que cada miembro tiene un papel esencial, cada miembro necesita a todos los demás miembros, y esos miembros que parecen los menos agradados en realidad son los que hay que tener en mayor estima.

Reconocer los dones espirituales no impide que se organicen los grupos pequeños de la iglesia procurando un equilibrio; pero ya no es posible imaginar que el ministerio siempre irá en una única dirección.

La intolerancia con los débiles y necesitados

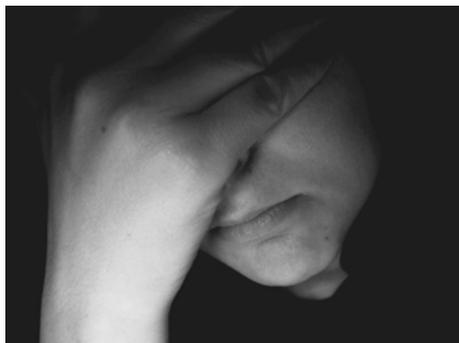
A pesar del acuerdo entre los cristianos sobre lo que *deberíamos* hacer, es a veces difícil recibir adecuadamente a los débiles. Nos tememos que si de verdad abrimos los brazos acabaremos siendo un imán que atrae un número insostenible de personas necesitadas. El amor es tan raro en este mundo, que ese temor no carece de fundamento. En la iglesia de Reba *no han podido* incorporar a todos los que han acudido. A veces se han visto desbordados y han tenido que echar el freno. Resulta imposible hallar lugar para todo el mundo en los grupos pequeños, que es el entorno fundamental para el ministerio.

Pero hay otros motivos, más insidiosos, por los que desentendemos de los débiles y los necesitados.

1. *No queremos dejar de atraer a los que tienen éxito y dones que aportar.* La filosofía moderna de mercadotecnia nos dice que una congregación llena de profesionales de carrera universitaria, probablemente atraerá a otros de esa clase. Después de todo: ¿quién iba a querer asociarse con un grupo de perdedores?

Cuando uno contempla la congregación de Reba los domingos por la mañana, normalmente ve una docena o más de personas que proceden de Ridgeview, un hogar para discapacitados mentales. Algunos están en silla de ruedas. Luego están los refugiados centroamericanos y un grupo





importante de refugiados camboyanos, amén de blancos y unos pocos negros y orientales —una auténtica mezcolanza.

Como admitió un miembro: «Me sentí azorado el día que entró rodando en silla de ruedas un hombre con un gorro inmenso de tela decorado con publicidad de una campaña política, del que pendían sobre su frente unas plumas violetas y amarillas. Un sarape sucio rodeaba sus hombros y se sentía su olor corporal a los tres metros. Del manillar de su silla colgaba una bolsa con algo que parecía ser un hueso, con el rótulo: “En caso de ataque epiléptico”.

«No pude evitar la preocupación de que algo muy desagradable estaba por suceder. Me preguntaba cuántas veces nuestra asamblea de tarados había ahuyentado visitas más refinadas.»

2. *Queremos una religión poderosa, transformadora.* Para algunas personas que asisten a la iglesia, el éxito espiritual puede ser una meta incluso más ansiada que el éxito material. ¿Es acaso nuestra fe tan poderosa, si se da el caso de que muchos entre nosotros son personas con trastornos emocionales, tarados, tullidos y hasta pecadores? Es fácil sentir eso. Podemos preguntarnos: ¿Es verdad que aquí reina el Señor?

Un domingo después de una predicación sobre la oración, una miembro de Reba se puso de pie y sugirió que la congregación debía orar insistentemente por la curación física de Sara. Sara no estaba presente, pero, ¿era posible asumir ese riesgo? ¿Y si Dios no la sanaba? ¿Y si se moría? Entonces, ¿dónde había que buscar ese poder espiritual?

La congregación *sí que oró*: una petición sencilla y directa ante Dios.

Pidió que Dios la sane y le conserve la vida. No alegraron conocer la voluntad de Dios; tampoco exigieron que Dios respondiera afirmativamente. Pero expusieron a Dios lo que deseaban fervientemente.

3. *No nos gusta contarnos entre los auténticamente necesitados.* ¿No será que Dios deja entre nosotros algunas personas visiblemente discapacitadas, sin sanar, para recordarnos a todos que estamos todos necesitados y sin embargo somos capaces de dar? Ese ha sido uno de los efectos en las congregaciones que han recibido a discapacitados. Si ese es el caso, debemos a los discapacitados entre nosotros una deuda inmensa. Porque si no fuéramos conscientes de nuestras propias debilidades, podríamos perder nuestro sentimiento de dependencia de Dios. Y eso sería desastroso.

Si no fuéramos conscientes de nuestras propias debilidades, podríamos perder nuestro sentimiento de dependencia de Dios. Y eso sería desastroso.

Pero la naturaleza humana nos impulsa a querer negar esa dependencia. Esto puede llevarnos a ser poco tolerantes con aquellos cuya necesidad es más visible.

La grandiosidad, un peligro más inminente

La intolerancia con los débiles y necesitados puede hallar otra expresión, aparte del rechazo rotundo. Puede manifestarse en una mentalidad compulsiva de arreglarlo todo. Sí, los débiles y los necesitados serán recibidos, pero sus vidas *tienen que* enmendarse y rápidamente. Empezamos a hacer de Dios. Bien sea con medidas radicales para salvar un matrimonio, con técnicas dramáticas de consejería para rescatar a los trastornados emocionales, o bien con esfuerzos de presión para reformar al miembro que

ha caído en pecado, procedemos sin reconocer obstáculos, insensibles por ese pequeño margen de éxito que nos permite ignorar nuestro error.

Tristemente, muchas iglesias y comunidades eclesiales que se han especializado en «ministerios de curación» han acabado teniendo que vérselas con las secuelas de un intervencionismo exagerado: los que ministraban, quemados; escándalos de abusos de autoridad; personas que resultan más heridas que ayudadas. Las palabras de David en el Salmo 131 nos pueden guiar a una perspectiva más modesta:

Señor, mi corazón no es arrogante ni altivos mis ojos; no persigo dignidades ni cosas que me superan.

Estoy en calma, estoy tranquilo, como un niño en el regazo de su madre, como un niño, así estoy yo.

Confía en el Señor, Israel, desde ahora y para siempre
(La Palabra).

La Iglesia Reba Place, en su lucha con la tendencia a responsabilizarse en demasía, a intervenir más de la cuenta, ha estado intentando aprender un sentido más modesto de responsabilidad y, con él, la paciencia para vivir con lo que no son capaces de cambiar. El caso de Sara ha resultado esclarecedor. Aparte de la intervención milagrosa de Dios, la muerte de Sara en pocas semanas era segura. No había nada que pudieran hacer para remediarlo. No estaban llamados a salvarle la vida y solamente Dios podía salvarle el alma. Lo que se exigía de ellos era mucho más sencillo: cuidarla durante un tiempo limitado y compartir con ella la Buena Noticia. El amor de Dios se hizo presente para Sara en las personas que la cuidaron. Cómo había de responder ella, quedaba entre ella y el Señor.

— Traducido de *Witness. Empowering the Church*, por A. Grace Wenger, Dave & Neta Jackson (Scottdale y Kitchener: Herald, 1989), pp. 155-160.

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

diablo, Satanás — El acusador, calumniador o difamador. Sus métodos, la mentira y el engaño. Su objetivo, la muerte y destrucción de las personas. Su función por la que Dios permite que exista, poner a prueba a las personas, para que se compruebe el nivel de compromiso que tienen con Dios y con sus mandamientos. Su destino, la «segunda muerte» o desaparición final.

Esto de ser acusador, calumniador o difamador es, en primer lugar, una descripción de una forma de comportarse en relación con el prójimo. En su vertiente más próxima a la mentira, manifiesta una clara enemistad y mala intención meditada, lo retuerce y manipula todo para presentar a su víctima en la peor luz posible, arruinar su reputación, enemistarla de sus amigos y su familia. «No seáis diablos», exhorta el apóstol en Tito 2,3. En su vertiente como fiscal en un tribunal, sin embargo, el acusador procurará respetar escrupulosamente la verdad al presentar sus evidencias; y en este caso no existe animadversión personal, sino sencillamente el desempeño de una función legítima dentro del desarrollo de la justicia.

Tanto la calumnia como la labor fiscal pueden desembocar en «muerte social» (el aislamiento de las relaciones humanas que dan sentido a nuestras vidas), así como en muerte real (por linchamiento o por ejecución).

No obstante, aunque en la Biblia el término griego *diábolos* y el hebreo *satán* pueden referirse a cualquier persona que se comporta así, hay una segunda acepción que tiende a acaparar la atención de los creyentes.

Sería, por una parte, la del *diablo* como personificación espiritual de nuestra experiencia de tentación, donde se pone a prueba nuestra fidelidad a Dios y se comprueba la fuerza o debilidad de nuestra conciencia, nuestra opción por el bien o el mal.

Y por otra parte, la de *Satanás* como adversario tal vez de Dios y enemigo por supuesto de Israel o de la humanidad; un ser que procura

destruir la paz y la armonía entre los hombres, y entre la raza humana y Dios.

La fuerza con que nos puede tentar la tentación al mal es tal, que resulta natural atribuirle a una presencia maligna, exterior a nosotros mismos. Descubrimos que nuestros pensamientos se envenenan y retuercen, se vuelven obsesivos para imaginar y recordar —sin nunca perdonar— insultos y males, verdaderos o falsos, que hemos padecido. La acusación sucede en nuestra propia mente y se vuelve compulsiva, aparentemente imposible de frenar. A veces ese círculo vicioso que atrapa nuestra mente en acusación sin perdón, puede dirigirse contra nosotros mismos: hundiéndonos en un sentimiento de ser malas personas que no tenemos perdón, ni divino ni humano.

La tentación es una puesta a prueba de la firmeza o no de nuestra determinación moral y nuestra fe en las verdades de Dios. Es en la tentación que discurre en nuestra mente, que se confirma cada día si somos la clase de persona que anhelamos ser. Quien cae en esa prueba, descubre el camino que le queda por andar. Quien se mantiene firme, glorifica en ello a Dios. En un sentido y en el otro, aunque «Dios no es tentado por el mal ni tienta a nadie» (Stg 1,13), la figura del *diablo* no deja de ser útil para los propósitos de Dios. Porque del resultado de la tentación puede venir, o un deseo renovado por enmendarnos, o bien la gloria a Dios que produce nuestra fidelidad.

De ahí que todo ser humano está obligado a tratar con el diablo. Hasta Jesús tuvo que vérselas con la tentación (en el desierto y en Getsemaní, por ejemplo), sin la cual la firmeza de su fidelidad a Dios jamás se podría haber manifestado.

La figura bíblica del Satán es, si cabe, aún más desagradable que la función del *diablo*. En el Antiguo Testamento, donde se ve con mayor claridad su función es en el libro de Job. Allí tiene la doble función de

cuestionar ante Dios la integridad de los seres humanos, y después la de someter a prueba a esos propios seres humanos con sufrimiento, injusticia, enfermedad y todo tipo de males, hasta que se confirme si son o no personas justas.

Satanás es, entonces, el enemigo de todas nuestras pesadillas. Es sencilla la receta contra el *diablo*, en tanto que tentador: «Resistid al diablo y huirá de vosotros» (Stg 4,7). Pero contra las pruebas de *Satanás* es mucho más complicado, como descubrió Job. El Apocalipsis afirma que los mártires han vencido al morir por Cristo, lo cual indica que es posible vencer. ¡Pero vaya precio! Lo curioso es que el Nuevo Testamento no deja ver ningún temor a Satanás. Al contrario, aquellos cristianos veían como privilegio y gozo inmenso vencer así a Satanás y glorificar así a Dios.

En el Apocalipsis aprendemos que el *diablo* y *Satanás* y la Serpiente del Edén son la misma figura (Ap 20,2). Y aprendemos que al final será eliminado en un «lago de fuego» que es, en efecto, «la segunda muerte»; es decir, su desaparición definitiva y final (Ap 20,10.14).

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org